


La vivencia del amor en un contexto de comunidad en el horizonte de la misión



Antonio Fidalgo, CSsR

Misionero redentorista. Ha servido como formador de estudiantes profesores y pastor de comunidades urbanas y suburbanas. Enseña teología dogmática desde 1995 en varios Institutos y Facultades en Argentina y además desde 2010 en Roma (Academia Alfonsiana). Participa en la CONFAR, en un grupo de reflexión interdisciplinar. Acompaña congregaciones en retiros, capítulos y espacios de formación. Desde 2009 forma parte de la CLAR en el ETAP junto a otras/os hermanas/os teólogos/os de América Latina.

Resumen Se trata de comprender la Vida Consagrada (VC) como una “vivencia del amor en un contexto de



comunidad humana en el horizonte de la misión como humanización”. Tomando como premisa que el desafío, hoy más que nunca, para nuestra historia, está en ser verdaderamente humanos como sabiduría de salvación para los seres humanos y toda la creación. Se busca mostrar lo posible, lo hermoso y desafiante de esta realidad que nos reclama como VC a ser una plausible respuesta para vivir el misterio de la vida como misterio de amor hecho ofrenda de comunión.

Trata-se de compreender a Vida Consagrada (VC) como uma “experiência de amor em um contexto de comunidade humana no horizonte da missão como humanização”. Partindo como premissa de que o desafio agora mais que nunca, para a nossa história, está em ser verdadeiramente humanos, como sabedoria de salvação para os seres humanos e toda a criação. Busca mostrar o possível, o belo e desafiante desta realidade que nos reclama como VC a ser uma resposta plausível para viver o mistério da vida como um mistério de amor feito oferenda de comunhão.

“Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida”

(M. Hernández, 1910-1942)

Escuché una vez de labios de una anciana tan envejecida como sabia, una simple historia que aquel día me dejó pensando y que aún hoy, al recordar y compartir esa su narración, no dejo de intuir que esa historia algo está reclamando... Ella decía:

Un buen día se reunieron todos los sentimientos más tenebrosos del mundo y todos los deseos más perversos del corazón humano llegaron también con acelerado paso a dicha reunión, atraídos desde lo más recóndito de la historia por una gran curiosidad de saber cuál era el propósito de semejante e inaudito conciliábulo. Una vez que todos estaban ya reunidos, habló *el Odio* y dijo: “Gracias por haber asistido, los he reunido aquí a todos porque deseo con todas mis fuerzas matar a alguien”. Los asistentes no se extrañaron mucho pues era *el Odio* el que estaba hablando, y él siempre quiere matar a alguien.

Al decir estas palabras, a la anciana se le ponía la piel de gallina. Pero seguía diciendo...

Todos se preguntaban entre sí quién sería tan difícil de matar para que *el Odio* los necesitara a todos. “Quiero que maten *al Amor*”, sentenció sin más, con voz única y potente *el Odio*. Muchos sonrieron malévolamente pues eran varios, si no todos, -mascullo entre dientes la anciana- los que en verdad le tenían ganas. Así que, empezaron a ofrecerse.

La anciana me miró fijo a los ojos y susurró, casi con pena, “qué rápido aparecen las ofertas para destruir y qué lerdas son para aparecer las manos para construir...” e inclinando la cabeza siguió su relato:

El primer voluntario fue *el Mal Carácter*, quien dijo: “Yo iré, y les aseguro que en un año *el Amor* habrá muerto, provocaré tal discordia y rabia que no los soportará”. Al cabo de un año se reunieron otra vez y al escuchar el reporte del *Mal Carácter* quedaron enormemente

decepcionados. “Lo siento, dijo aquél, lo he intentado todo, pero cada vez que yo sembraba una discordia, **el Amor** la superaba y salía adelante”. Fue así como de un salto con su habitual arrogancia, muy diligente y eufórica, se ofreció *la Ambición* que haciendo alarde de su poder dijo: “En vista de que *el Mal Carácter* fracasó, iré yo. Desviaré la atención del **Amor** hacia el deseo de riqueza y poder. Eso nunca lo despreciará”. Y empezó *la Ambición* el ataque hacia su víctima quien, efectivamente cayó herido, pero después de luchar por salir adelante renunció a todo deseo desbordado de poder y triunfó de nuevo.

Mientras relataba esto la anciana, frotaba sus arrugadas manos y en su cara se leía una cierta jovial fruición:

Más que furioso, *el Odio*, por el fracaso de *la Ambición*, envió a *los Celos*, quienes burlescos y perversos inventaban toda clase de artimañas para descentrar **el Amor** y lastimarlo con dudas y sospechas

infundadas. Pero **el Amor** confundido lloró, y pensó que no quería morir y con valentía y fortaleza se impuso sobre ellos y los venció.

La anciana con su cándida mirada y su voz susurrante añadió casi entre dientes que su vida de estas batallas llevaba las señales bien marcadas... La historia siguió así año tras año, continuó contándome la anciana:

El Odio seguía en su lucha enviando a sus más hirientes compañeros. Fue así como envió a *la Frialdad*, *el Egoísmo*, *la Confusión*, *la Indiferencia*, *la Carestía*, *la Enfermedad* y a muchas/os otras/os que no obstante el denodado y furibundo esfuerzo no dejaron de fracasar una y otra vez, porque cuando **el Amor** se sentía desfallecer tomaba de nuevo fuerza y todo lo superaba.

En este momento la anciana se incorporó sobre sí misma como quien se dispone a mostrar que está como recién erguida después haber sucumbido a la más dura y vergonzosa caída... y continuaba de pie el relato diciendo:

El Odio, convencido de que *el Amor* era invencible les dijo a los demás: “Y bueno, nada que hacer. *El Amor* ha soportado todo, llevamos muchos años insistiendo y no lo logramos. Hemos de reconocer nuestro fulminante fracaso”. De pronto, de un rincón del salón, se levantó un sentimiento poco conocido y que vestía todo de oscuro, muy bajo y con un sombrero enorme que caía sobre su rostro y no lo dejaba identificar, su aspecto era fúnebre, tenebroso como la misma muerte: “Yo mataré *el Amor*”, dijo con impávida seguridad. Todos se preguntaron quién era ese que pretendía hacer solo lo que ninguno de ellos había podido... *El Odio*, sin pensarlo, sin más averiguaciones y en un tono gélido y contundente, dijo: “¡Ve y hazlo!”. Después de un breve tiempo, *el Odio* volvió a llamar a todos los malos sentimientos para comunicarles que después de tanto esperar por fin *el Amor había muerto*. Todos estaban tan felices como sorprendidos. Entonces el sentimiento del sombrero enorme y os-

curo como él mismo, habló: “Ahí les entrego *el Amor* totalmente muerto y destrozado” y sin decir más, con su silueta diminuta y maltrecha, se marchó. Espera, dijo *el Odio*, en tan poco tiempo lo eliminaste por completo, lo desesperaste y no hizo el menor esfuerzo para vivir, dinos ¿Quién eres? El sentimiento levantó por primera vez su horrible rostro y dijo: “*soy la Rutina*”...

A este punto la anciana cabizbaja se retiraba dejándome a solas con la historia y con el desafío de no dejar jamás entrar por hendidia alguna a mi vida esa sombra tenebrosa, pequeña y astuta, que es capaz de devorar como nada ni nadie la fuerza más primordial y vital de nuestra existencia que es *el Amor*.

1. LA VIVENCIA DEL AMOR...

Sin querer hacer aquí grandes disquisiciones filosóficas y un debate sobre la rutina y el amor, consensuemos al menos algunas cosas para encauzar nuestro tema, dejando, por otra parte,

que la narración nos regale por sí misma buenas enseñanzas.

Ante todo, según el diccionario, **rutina** viene del francés *routine*, éste de *route*, o sea, ruta, se trata de seguir una ruta, un camino preseñalado. De esta manera, el concepto indica ante todo una costumbre inveterada, un hábito adquirido de hacer las cosas por solo práctica y sin razonarlas. En definitiva una acción automática. En este sentido escuchamos desde pequeñas/os aquello que *los seres humanos somos animales de costumbres*, nos inculcan lo importante de adquirir hábitos y de mantenerlos siempre, como el cepillado de los dientes, los horarios de las comidas, los horarios para dormir, etc.

Al principio parecen muy necesarios para encauzar nuestra vida personal y en relación con los demás, pero en algún momento experimentamos que esos mismos hábitos pueden agobiarnos y hasta asfixiarnos. En ese caso podríamos atender a una distinción que varias veces hemos sentido, una cosa es la rutina y otra lo rutinario. Esto último, puede que sea necesario para tener, algunos más

y otros menos, algunos elementos personales y o comunes que nos permitan ir por la vida, no ensayándola como totalmente nueva a cada instante.

Pero no por ello, hemos de vivir como autómatas, en piloto automático en todos los niveles de nuestra vida y menos en los más importantes. Para ello habría que evitar caer en la rutina, esto es, lanzarnos a la vida como si fuera la misma ruta a transitar cada día, ya sabida casi de memoria sin sorpresa alguna, como repetidores autómatas de las cosas, sin pensar en su sentido o qué sentido tienen para mí o para los demás con los cuales convivo.

En esa línea, podríamos consensuar que cuando nuestra vida clama por alguna situación que la agobia, ello es índice claro de que hemos de empezar a ser más creativos en nuestros sentimientos y actitudes. La rutina, y con ella lo rutinario, puede que sea un verdadero hogar donde anidar la vida, pero también hemos de reconocer que, como en la historia que contaba la anciana, el amor, y como él, las cosas profundas de la vida, se evaporan al calor de

la rutina, o de lo rutinario cuando se vuelve rutina, sin otro sentido que ella por ella misma.

La vivencia del amor es sin duda alguna nuestra base humana indispensable. Para decirlo con el poeta, una de las *heridas*, junto a la vida y a la muerte, con las cuales venimos a existir. Lo decía con otros términos San Agustín, muy agudamente: “Mi amor es mi peso; por él soy llevado a dondequiera que soy llevado” (*Confesiones*, XIII, 9). Así, el amor aparece como un vector, una señal de dirección, como un impulso que me marca y sella mientras busco un lugar donde ser y hacia donde dirigirme con el misterio de la vida. Jesús en la cruz experimenta el amor en una vivencia sin igual, Él, tan solo y muriendo por todos, pero con todos los que atrajo con amor, es capaz de abrazarlos entre sus llagas y su corazón herido, quebrado por amar fielmente y hasta el final; son aquellos a quienes con sus manos y sus palabras había convocado como ofrenda de Vida Nueva. Podríamos decirlo con palabras de Thomas Merton que, al menos a mí, me resuenan a esa

sabiduría, que como la de la anciana, salvará al mundo (cf. Sab 8,13; 9,16.):

“Mi amor es
mi peso; por él
soy llevado a
dondequiera que
soy llevado”.

Amar es ciertamente una intensificación de la vida, una forma de lo completo, de la plenitud, de la vida en su totalidad. No vivimos solamente para vegetar día tras día hasta que morimos. Y tampoco vivimos simplemente para tomar parte en las rutinas del trabajo y de la diversión que gira a nuestro alrededor. No somos simplemente máquinas que hay que cuidar y utilizar hasta que dejen de funcionar. *No nos hacemos plenamente humanos hasta que nos damos nosotros mismos, unos a otros, en el amor...* El amor es nuestro destino. No encontramos el significado de la vida en nosotros mismos, solos. Lo encontramos con otros. No descubrimos el secreto de nuestras vidas meramente por el estudio y el cálculo en nuestras meditaciones solitarias. *El significado de nuestra vida es un secreto que nos tiene que*

ser revelado en el amor, por el ser que amamos. Nuestro concepto de nosotros mismos está profundamente ligado a nuestro concepto -o nuestra experiencia- del amor. El amor auténtico es una revolución personal. El amor toma nuestras ideas, nuestros deseos y nuestras acciones, y las suelta todas juntas en una experiencia y una realidad viviente que es un nuevo “nosotros”. Es posible que deseemos evitar que esto ocurra. Es posible que deseemos conservar nuestros pensamientos, nuestros deseos y nuestros actos en compartimentos separados; pero en ese caso seremos una persona artificial y dividida, repartida en tres compartimentos: uno de ideas, otros de decisiones y otros de acciones o experiencias (Amar y Vivir, Barcelona 1997, pp. 41-43. Subrayados nuestros, para que volvamos una y otra vez sobre esas expresiones y podamos hacer nuestra propia síntesis en camino).

El amor auténtico es una revolución personal.

La Vida Consagrada, por ser vida cristiana configurada como respuesta de entrega totalmente dócil a Dios, como único absoluto de la vida, no puede estar ajena a lo esencial del cristianismo, que no es otra cosa que el amor de Dios hecho realidad en nuestra carne humana. Como bien dice Merton, “el amor como destino” marcará nuestro camino de vida, esto es, un camino que “se curva hacia arriba”, que no se puede permitir el simple y superficial rastro por este suelo si no se anima a ir de vuelo, impulsado por ese más de la vida en su hondura de dignidad y libertad; un camino que no se realiza en solitario aunque se deba afrontar con cierta dimensión de soledad, sino que se hace con otros, pues “el significado de nuestra vida es un secreto que nos tiene que ser revelado en el amor, por el ser que amamos”.

De ahí que nuestra identidad personal ha de definirse por nuestra relación con el amor, con nuestra experiencia de él, ya sea con referencia a Dios o a otras personas, como bien recuerda el

texto de Merton. El amor sin duda “nos revoluciona”, nos invita desde adentro a cambios profundos, a involucrarnos en nuestra totalidad en un compromiso de vida que incluya nuestras “ideas, decisiones y acciones”, si no queremos caer en la común “trizofrenia” de nuestros tiempos, donde pensamos una cosa, sentimos otra y realizamos una tercera.

Sólo el amor nos puede en verdad integrar, un amor transparente y trascendente a la vez, que penetre todo nuestro ser y que al mismo tiempo nos expanda hacia los horizontes más incalculables, permitiéndonos descubrir, desde lo más profundo de nosotras y nosotros y de nuestras relaciones, inéditas situaciones de vida. Así se entenderá por qué el amor es central en nuestra estructura de vida cristiana y por lo mismo de nuestra VC, determinando la radicalidad de nuestra entrega; llamadas/os desde y por el amor, nos entregamos en el amor, disponiéndonos en obediencial docilidad a seguir sus impulsos hasta el final de nuestro caminar por esta historia.

El ser humano está calificado ante todo por ser dentro de una realidad histórica, siendo él

mismo artífice y producto de la misma. Por lo mismo, la historia, como dato, no puede ser un elemento marginal o accidental en la reflexión sobre lo que puede o no ser o cómo ha de ser la vida de la persona. Dicha vida siempre será una existencia histórica. Por otro lado, es un ser que se define en y a partir de una serie de dimensiones y/o tensiones paradójales: es corpóreo y espiritual; posee exterioridad e interioridad; es libre y necesitado; es autónomo e interdependiente; es sueños y realidades; es expansión y concentración; es racionalidad y afectividad.

2. EN UN CONTEXTO DE COMUNIDAD HUMANA...

Una sana lectura antropológica debe abarcar todos estos aspectos, buscando una cierta armonía que permita delinear un andamiaje antropológico, que más que definir a la persona, le permita existir bajo coordenadas que posibiliten su mayor realización en el aquí y ahora de la historia, de su historia. Esta tarea requiere del arte del pensamiento, del discernimiento, de la búsqueda

racional, que será siempre una búsqueda que implique la pasión por vivir, por *saber* vivir y por encontrarle la vuelta al hecho de que todo eso implica un con-vivir como personas, realizándose en una historia de libertades en mutualidad de relaciones.

Somos capaces de conocer conociéndonos, capaces de emerger sumergiéndonos en las profundidades de nuestra interioridad, para auscultar la amplitud de nuestras necesidades más profundas y expandirlas hacia los más desafiantes horizontes existenciales. Somos personas con pensamientos sentientes y con sentimientos pensantes, sentimos abandono o seguridad y nos pensamos de acuerdo a lo que sentimos, orientamos nuestra reflexión a serenar o a dar cabida a dichos sentires y a su vez pensamos en nuestra libertad y dignidad y ello enciende pasiones de vida, de lucha, de goce. Somos capaces de quedar atrapadas o atrapados por unos u otros, de reprimir sentimientos o de absolutizar pensamientos, o viceversa, como, al mismo tiempo, de trascender ambos polos, separándolos o integrándolos.

Aquí entra en juego nuestra libre voluntad, nuestra capacidad

de generar actitudes que sostengan nuestras opciones de vida, pues podemos optar, esto es, no sólo por ser víctimas de nosotros mismos y de nuestras circunstancias personales e históricas, sino por lograr adoptar una existencia que nos posibilite configurarnos dentro de una cierta armonización de las paradojas que conforman nuestro ser humano.

Percibimos, intelectual y sensitivamente, que el Dios de la vida nos llama a una existencia que implica una co-existencia y una pro-existencia que nos pide, no sólo reconocimiento objetivo y/o subjetivo sino una respuesta a su vez existencial. Respuesta que nos hace responsables, esto es, personas capaces de vivir la llamada a la vida en libertad sponsalicia, somos libres cuando somos capaces de esposarnos, de vincularnos con el origen mismo de la vida y con todo lo que la vida misma supone para ser tal. De allí que somos en verdad personas cuando podemos, en conciencia, decidirnos por vivir aliados de la vida desde lo que nos constituye y desprendernos de todo lo que nos prostituye.

Y es así como pasamos a un verdadero nivel moral, actitudinal, que

será en el fondo el que nos defina como personas auténticas, pues en este nivel de las *adopciones*, nuestras opciones no sólo se justifican sino que se verifican y, por sobre todo, nos permiten dar verdadero sentido a lo que somos y queremos ir siendo, cada día en nuestra realidad histórica, como construcción y proyecto constantes.

Una antropología en cierto sentido armónica quizás debería concebirse desde la realidad plena del amor. Tanto si partimos de verlo como un elemento teológico o como uno meramente antropológico. En el primer caso, si Dios es amor, toda realidad creada y más aún la realidad humana, creada a su imagen y semejanza, debería concebirse y configurarse en y desde la realidad del amor. Lo mismo en el segundo caso, pues el ser humano más que ninguna otra criatura necesita de la realidad del amor, para no sólo vivir sino para el simple hecho de poder existir y sobrevivir; sin la atención amorosa de nuestros semejantes sólo perduraríamos o ni siquiera podríamos sobrevivir.

Así pues, podríamos decir que no nos basta con saber que tenemos que vivir, que tenemos que encontrarle algún sentido a nues-

tra existencia. Hemos de apetecer, desear, vivir. Hemos de querer vivir, con-vivir. Hemos de amar la vida por sobre todas las cosas para que las cosas nos permitan vivir con libertad. Aquí entra en juego una serie de factores que pueden determinar y hasta condicionar, tanto positiva como negativamente, nuestra existencia. Ser conscientes de dichos factores es sumamente importante para tener una visión antropológica lo más integral posible. Factores de orden psicológico, genético, cultural, social, etc. Lo dijimos al inicio, somos en y desde una realidad histórica y ésta contiene todos esos factores sin los cuales no podemos, no sólo pensarnos, sino por sobre todo realizarnos, esto es, hacernos realmente personas en el aquí y ahora de nuestra historia.

Así las cosas, y viéndolo desde nuestro tema, digamos que la dimensión humana de la VC, que es siempre una dimensión que ha de fundar la vida personal y fraterna, la vida en y desde la con-vivencia, exige ante todo, el conocimiento de sí misma/o y de los propios dones y límites, para poder así obtener el estímulo y el sostén necesarios en el camino hacia una vida en libertad y

dignidad. En todo ello ha de contar de modo peculiar para toda/o consagrada/o, la libertad interior y exterior (purificar todo tipo de coacción), su integración afectiva, la capacidad de vincularse, la apertura e integración hacia los que sufren, el amor y la pasión por el bien y la verdad, la coherencia afectiva y efectiva entre el decir y el hacer.

Una vocación fracasa personal y estructuralmente sólo cuando fracasa en su historia de amor. Y como bien nos recordaba la narración de la anciana, ello sucede cuando la rutina entra en escena. La rutina mata el amor entre amigas/os, compañeras/os, hermanas/os, esposos, y en la VC también. Ahora bien, la rutina puede aparecerse bajo la rígida repetición de ritmos, rúbrica y formas de vida personales y comunitarias que asfixian por la aridez de ser siempre la misma cosa, llueva o salga el sol, estemos de cumpleaños o de velorio, nada alterará lo más mínimo el ritmo de base que nos ha de sostener.

Pero también la rutina ataca solapada desde el frenético indi-

vidualismo que a lo sumo juxtapone desórdenes personales con alguna que otra organización comunitaria. La rutina en la VC ataca cuando todo lo que se hace, se haga como se haga, no nace de un corazón apasionado, que vive desde la pasión de la entrega por la fidelidad al Reino de vida nueva, y entonces todo, tarde o temprano, pierde sabor (por contraposición esperanzada me viene en mente la canción de César Banana Pueyrredón “Tarde o temprano...”; búsqüenla en Internet y disfrútenla).

La pasión por el Dios de la vida en la vida de Dios de cada día.

La pasión por el Dios de la vida en la vida de Dios de cada día, lleva a la pasión por amar a la fuente del amor amando sus afluentes, porque no se goza más la fuente que el agua hecha corriente libre y fresca; lo otro es ilustre curiosidad, no más. Dicha pasión se ahonda y renueva en la vida vivida como misión, esto es, como envío, como servicio de amor; el pan sabe mejor si se comparte, esa es la clave de los hijos de la Vida, no conservan nada para sí, sino que son lo que son dándose. La VC debería ser deseada tan sólo por ser ese lugar, ese espacio donde la debi-

lidad de la vida se yergue en su humildad y se lanza con la audacia del amor, al mismo tiempo frágil y libre, a llamar, a convocar a la aventura de vivir en el amor apasionado que se saborea en el con-vivir como hermanas y hermanos el misterio de la vida, desde el misterio simple y complejo de cada día.

3. EN EL HORIZONTE DE LA MISIÓN COMO HUMANIZACIÓN...

Hoy más que en cualquier otro momento del andar de nuestra historia humana, nuestra realización se llama *humanización*. Es así pues como hoy más que nunca el horizonte de la misión en la VC no puede ser otro que la *humanización*. En un congreso sobre la vida sostenible, en Brasil (2009), se dejaba algo así como un lema desafiante que, más o menos, decía: “todos pensamos en dejar un planeta mejor para nuestros hijos... ¿Cuándo se nos ocurrirá pensar en dejar hijos mejores para el futuro de nuestro planeta?”

Nuestra realización se llama *humanización*.

Así es como se ha de pensar la ecología y el respeto por la madre naturaleza, pero ello no advendrá por endiosarla sino por relacionarla de otro modo con una humanidad más relacional y menos invasiva y competitiva. Nuestro planeta necesita ante todo de seres humanos, como mínimo, que sean más tolerantes unos con otros, que dejemos de vernos como enemigos unos de otros y pasemos a vernos, en lenguaje cristiano, como hermanos, como vinculados por la libertad y la dignidad respetada de todos y cada uno en armónica relación con todo el resto del planeta (¿del universo?!)

Es cierto, además, que no todo está tan perdido, y así como surgen alarmas clamorosas emergen también al mismo tiempo expresiones innovadoras altamente imaginativas, que buscan otros modos de seguir realizando este hermoso viaje de la vida. En dichas empresas se involucran personas de variada procedencia, etárea y socio culturales, pero todos en su variedad parecen apuntar a un objetivo común: hacer surgir un nuevo mapa, una nueva geografía, un nuevo entre-

tejido social que nos permita saber quiénes somos y para qué estamos de verdad en esta historia.

Por lo que hemos de decir que en parte estamos siendo partícipes de una cierta metamorfosis de lo humano, sin saber bien cómo y hacia dónde puede que despliegue sus cambios; lo que sí es seguro es que si lográsemos sintonizar con lo más noble de ella y sumarle nuestras más nobles intenciones (¡y convicciones!), como la mejor herencia de esta nuestra intrincada historia, de seguro tendremos una alta plausibilidad de resultar favorecidos en la posible elección de sentido, para seguir andando desde una narrativa nueva, donde el tono y la tonalidad no la den sin más la sangre vilmente derramada, sino la melodía por el amor mutuo desencadenada.

Así las cosas, cabe preguntarse: ¿Será que el proyecto de vivir como hermanas y hermanos es sólo una utopía declarativa que no tiene arraigo en nuestra “humanidad en sí”, siendo a lo más un aditivo que puede o no hacer más feliz nuestro viaje sin conformarlo profundamente?

A esta pregunta sumaríamos otra no menos desafiante: ¿Hemos de apuntar a cambiar lo humano individual o hemos de comenzar por los sistemas que nosotros creamos y que, al parecer, no dejan de ser una máquina que nos deshumaniza día a día? Podemos decir que vivimos como exiliados dentro de un sistema, que inventado por nosotras y nosotros mismos (o al menos por algunos de los nuestros), se ha convertido en la peor de las dictaduras sistémicas.

Este sistema que llamaremos para entendernos capitalista, o sea, que tiene su centro en el lucro, el consumo y el avance por el progreso de inversión, ha mostrado que lo humano no será de su interés más que en la medida que le permita permanecer para que subsistan con él los que mejor se puedan aprovechar del sistema mismo. Con lo cual es lógico que nunca será la totalidad, por lo que el precio a pagar será siempre un elevado costo de marginación y exclusión de humanidad, a costa de que alguna parte de la misma salga beneficiada por el ‘avance del sistema’, sin contar que para ello el planeta también se ve ero-

sionado y socavado en aras del sistema, pues no es parte integrante sino sólo recurso para sus propios fines estratégicos.

Como VC sabemos que podríamos responder positivamente pero no sin, al mismo tiempo, reestructurar nuestra humanidad. La mayor parte de nuestros proyectos, personales y comunitarios, no se sostiene en el tiempo, pierde credibilidad y fuerza sapiencial y profética, sólo porque nuestra humanidad no ha sido tenida en cuenta, le hemos montado una serie de barnices o de grandilocuentes epopeyas divinas, con hábitos de todo tipo, desde los más clásicos hasta lo más liberadores, pero todos ellos siempre dejando de lado nuestra frágil humanidad, nuestros cuerpos de sangre y pasión, de risas y lágrimas, de danzas y cantos y profundos silencios, de colores vivos luminosos y de escenarios grises, de audacias atrevidas y de pasos timoratos.

Sí, digámoslo con fuerza evangélica una vez más, sólo el amor hecho carne en nuestra carne nos hará creíbles como discípulas y discípulos del amor hermoso, del amor liberador, del amor santo, bello y bueno, del amor que no se acaba jamás, que todo lo sopor-

ta, que todo lo espera, que no es jactancioso, que no se envanece, que no hace nada indebido, que no se irrita ni guarda rencor, ese amor que le da sentido a cada entrega fraterna y solidaria, porque todo lo hace en y por amor (cf. 1Cor 13).

Ése que nos permite sentir tan sacramentalmente presente el amor eterno en la piel cercana de los que podemos amar sin más vueltas como se ama el único tesoro que se ha encontrado, la única moneda que se nos había perdido y que necesitábamos para seguir viviendo... y que somos capaces a nuestra vez de entregar como ofrenda aun cuando sea lo único que tengamos para seguir viviendo... porque vivir del amor es vivir en y desde la gratuidad y la generosidad...

Nuestra misión no puede ser otra que descubrir cómo, desde distintos carismas en distintos contextos sociohistóricos, podemos sumar nuestras vidas a otras tantas, señalando con fiel y honda convicción que la vida vale la pena vivirla si se la puede volver poema y canto de amor, en el dolor y en la alegría, porque en uno u otro caso nunca nos atrapará el horrible sentimiento del aban-

dono, porque siempre estaremos juntas/os realizando esta historia menos violenta, menos egoísta y mucho más digna y libre.

El Amor, con mayúscula, se volvió misión y transformó la historia, sin violencia y sin violentarla, pero a su vez por medio de un proceso no menos intenso, profundo y altamente subversivo. Ese Amor se llamó Jesús de Nazaret, se llamó promesa de tierna vida naciendo cada vez, por eso se presentó como pan sencillo que se hizo acción de gracias para y en el compartir; se hizo cercana sanción y liberación entre los niños, pobres y pecadores de los caminos de la vida; se hizo paz desde la agonía insultante de la cruz y allí su corazón amante se abrió más que nunca de par en par, para dejar nacer la Vida Nueva como de la mejor de las entrañas, la sangre que había de correr por los nuevos cuerpos, sangre de ofrenda, sangre apasionada por la vida hasta el final, cueste lo que cueste, agua de purificado amor, como fuente de esperanza regenerando todo lo que a su paso se hallase en los que la bebiesen, como fuente de historia

nueva. Desde allí hemos de repartir cada día en la VC, desde allí empeñar nuestra carne humana para que sea carne de vida, carne de comunión.

Ánimo, que hoy hay que amar hasta perder la noción, como diría una canción, sí locas/os de y por amor, encarnado, hecho amor de barro en el lodo de la oscura tierra, manos duras en la pelea diaria por la dignidad; hecho amor de ternura en cada abrazo, en cada mesa y charla compartida, junto a la vida alegre y la vida dolida; deviniendo amor de contemplación del misterio hondo del Amor amante, dejando fluir flujos de amor de gozo, simple y eterno, comprometiéndose todo lo que somos y queremos ser, como una ofrenda de atardecer, que pone lo andado con la sencillez de haberlo recibido, más por prestado que por ganado, en las mismas manos de Aquel que todo nos lo ha dado.

Y así, que nos agarre el atardecer de la vida, listos para caer en manos del Amor y decir que lo único de lo que nos hemos olvidado no ha sido otra cosa que de ha-

**El Amor se volvió
misión y transformó
la historia. Ese
Amor se llamó
Jesús de Nazaret.**

ber amado más y mejor. Quiera el amor de nuestra vida concedernos por amor morir, como les sucede a tantos y tantas en nuestra historia. Así le sucedió:

Al maestro Figueredo a quien una mañana al pasar unos arrieros lo encontraron cubierto de moretones y de sangre. Estaba vivo, pero en muy mal estado. Casi no podía hablar. Hizo un increíble esfuerzo y llegó a balbucir con unos labios entumecidos e hinchados: “me robaron las mulas”. Volvió a hundirse en un silencio que dolía y, tras una larga pausa, logró empujar hacia sus labios

destrozados una nueva queja: “me robaron el arpa”. Al rato, y cuando parecía que ya no iba a decir nada más, empezó a reír. Era una risa profunda y fresca que inexplicablemente salía de ese rostro desollado. Y, en medio de la risa, el maestro Figueredo logró decir: “¡pero no me robaron la música!” (E. Galeano)

Nos podrán robar tantas cosas, “hasta la primavera”, como canta otra canción, pero, por favor, aun cuando todo esté encadenado, que no quede prisionero el amor, que no nos roben la capacidad de amar y de vivir y morir amando.